

Denise Levertov

Selección de Poemas

ESTABLECERSE

Fui bienvenida aquí – al oro claro
del verano tardío, del otoño de estreno,
al águila del amanecer asoleándose en el árbol más alto,
a la montaña que se revela sin nubes, a su nieve
teñida de damasco cuando mira al oeste,
paciente, en su determinación, con el sol incansable
siempre asomando y ocultándose.
Ahora me es dado
probar el gris presagiado por todos,
un gris denso y helado a la vez. Me jacté de que no me importaría,
porque nací en Londres. Y no me importará.
Voy a poner manos a la obra
en mis días, vine a quedarme, no de visita.
El gris es el precio
de la vecindad con las águilas, de saber
de la presencia enorme de una montaña, véase o no.

ESTADÍAS EN EL MUNDO PARALELO

Vivimos nuestras vidas de pasiones humanas,
de crueldades, sueños, conceptos,
delitos y el ejercicio de la virtud
en y junto a un mundo carente

de nuestras preocupaciones, libre
de aprehensión --aunque afectado,
sí, por nuestros actos. Un mundo
paralelo al nuestro pero superpuesto.
Lo llamamos "Naturaleza" y sólo con renuencia
admitimos ser "Naturaleza" nosotros también.
Cuando perdemos de vista las obsesiones,
los egoísmos, porque erramos un minuto,
una hora, incluso, de reacción pura (o casi pura)
a esa vida plácida:
nube, pájaro, zorro, el fluir de la luz, el peregrinaje
danzante del agua, la quietud inmensa
de la efímera hechizada en el vidrio de una ventana,
las voces animales, el zumbido mineral, el viento
en diálogo con la lluvia, el océano con la roca, el tartamudeo
entre el fuego y el carbón-- Luego, algo atado
en nosotros, como un burro en su metro
de cardo y pasto ralo, se libera.
Nadie sabe dónde estuvimos, cuando nos traen
de nuevo a nuestra esfera (adonde, sí, debemos
volver para avanzar en nuestros destinos)
--Pero hemos cambiado, un poco.

LOS ELFOS

Los elfos no son más pequeños
que los hombres, y caminan
como ellos, sobre este mundo,
pero con más gracia que la mayoría,
y no son inmortales.

Su belleza los aparta
de los demás hombres y mujeres
a menos que una lleve en sí ese fuego frío
llamado poeta: con eso

puede verlos y por su luz
la reconocen y no le temen
y las lenguas de plata del amor
parpadean entre ellos.

HABLÁNDOLE A PENA

Ah, Pena, no debería tratarte
como a un perro sin dueño
que viene hasta mi puerta
por un mendrugo, o un hueso pelado.
Debería confiar en tí.

Debería convencerte
de que entres en mi casa y darte
tu propio rincón,
una alfombra raída donde echarte,
tu propio plato de agua.

Crees que no sé que has estado viviendo
bajo mi portal.
Anhelas que tu lugar definitivo esté listo
antes que llegue el invierno. Necesitas
tu nombre,
tu collar y medalla. Necesitas tener
el derecho de espantar a los intrusos,

para considerar tuya
a mi casa
y a mí tu persona
y a tí misma
mi perro.

LA TERCERA DIMENSIÓN

Quién me creería
si dijera, “ Me agarraron y

me abrieron
del cráneo a la entrepierna, y

todavía estoy viva, y
me paseo complacida con

el sol y con toda
la generosidad del mundo.” La sinceridad

no es tan simple:
una sinceridad simple

no es más que una mentira.
¿Acaso los árboles

no esconden el viento
entre sus hojas y

murmuran?
La tercera dimensión

se esconde.

Si los obreros de la calle

parten las piedras,

las piedras son piedras:

a mí el amor

me partió en dos

y estoy

viva para

contar el cuento – pero no

sinceramente:

las palabras

lo cambian. Deja que sea–

aquí bajo el dulce sol

– una ficción, mientras yo

respiro, y cambio el paso.

HIMNO A EROS

Oh Eros, silencioso sonriente, escúchame.

Deja que la sombra de tus alas

me acaricie.

Deja que tu presencia

me envuelva, como si la oscuridad

fuese un vellón.

Déjame ver esa oscuridad
lámpara en mano,
esta patria se convierte
en la otra patria
sagrada para el deseo.
Amodorrado dios,
detén las ruedas de mi pensamiento
para que sólo escuche
la nieve silenciosa de
tu abrazo.
Encierra a mi amado conmigo
en el anillo de humo de tu poder,
para que seamos, el uno para el otro,
figuras de fuego
figuras de humo
figuras de carne
vistas nuevamente en el ocaso.

SOBRE EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

Es cuando por un momento enfrentamos
lo peor de nuestra naturaleza, y nos estremece
saber de la mancha en nosotros mismos, ese espanto
rompe la cáscara del entendimiento y penetra el corazón:
ni a una flor, ni a un delfín,
a ninguna forma inocente
sino a esta criatura vanidosa, segura
de que ella y no otra fue hecha a imagen de Dios,
Dios (compadeciéndose de nuestro vil
fracaso para evolucionar) nos confía
como huésped, como hermano,
a la Palabra.

CANCIÓN PARA ISHTAR

La luna es una puerca
que gruñe en mi garganta
Su enorme brillo me atraviesa
y el barro de mi agujero reluce
y estalla en burbujas de plata

Ella es una puerca
y yo una cerda y una poeta

Cuando abre sus labios blancos
para devorarme le devuelvo el mordisco
y la luna se sacude de risa

En lo oscuro del deseo
nos estremecemos y gruñimos, gruñimos y
brillamos

CAEDMON

Los demás hablaban como si
la conversación fuese una danza.
Yo, campesina, iba a romper la ronda
con mis pies torpes.
Pronto aprendí
a agazaparme
junto a la puerta:
cuando la charla empezaba
me despintaba la boca escabulléndome

de nuevo al establo
con las cálidas bestias
muda entre los ruidos corporales
de los simples.
Veía
al agitarse el aire iluminado
las motas de oro
moviéndose de la sombra a la sombra
lentas en ese despertar
de suspiros serenos.
Las vacas
masticando o revolviéndose o quietas. Y yo
en casa y sola a la vez. Hasta que
el ángel súbito me aterrorizó – una luz que borró
mi rayo endeble,
un bosque de antorchas, plumas de fuego, chispas volando:
pero las vacas tranquilas
como siempre, y nada se incendiaba
excepto yo, cuando esa mano de fuego
tocó mis labios y abrasó mi lengua
y arrastró mi voz
hasta la pista de baile.

CONTRABANDO

El árbol del conocimiento era el árbol de la razón.
Es por eso que probarlo
nos arrojó del Edén. Esa fruta
era para secar y moler hasta volverla un polvo fino,
un condimento para usar una pizca a la vez.
Probablemente Dios tenía pensado hablarnos
más adelante sobre este nuevo deleite.

Con él nos llenamos la boca,
atragantándonos de pero y cómo y si,
y de nuevo pero, sin saber.

Resulta tóxico en grandes cantidades, los vapores
se enroscaron en nuestras cabezas y en torno de nosotros
formando una nube densa que endureció como el acero,
un muro entre nosotros y Dios, Que era el Paraíso.

No es que Dios no sea razonable, es que la razón
en semejante exceso era tiranía
y nos encerró entre sus límites, una celda pulida donde
se reflejaban nuestros propios rostros. Al otro lado
de ese espejo vive Dios,
pero a través de la hendidura donde la valla no alcanza
a tocar el piso, se las arregla
para colarse – una luz que se filtra,
esquirlas de fuego, una música que se oye
luego se pierde, y luego se oye otra vez.

NUESTROS CUERPOS

Nuestros cuerpos, todavía jóvenes
bajo la grabada ansiedad de nuestros
rostros, e inocentemente
más expresivos que rostros:
pezones, ombligo y vello público
hacen de todos modos una
especie de rostro: o considerando
las sombras redondeadas
en pecho, nalga, cojones
lo regordete de mi vientre, el
hueco de tu
ingle, como una constelación,

cómo se inclina desde la tierra
hasta el amanecer en un gesto de
juego y
sabia compasión
nada como esto
viene a darse
en ojos o pensativas
bocas.

Amo
la línea o surco
que desciende
por mi cuerpo del esternón
a la cintura. habla de
anhelo, de
distancia.

Tu larga espalda,

color de arena y
configuración de huesos,
dice lo que a la puesta del sol dice el cielo
casi blanco
sobre un profundo bosque al
que vuelve una manada de cornejas

UN ÁRBOL HABLA SOBRE ORFEO

Alba blanca. Quietud. Cuando el murmullo comenzó
pensé que era una ráfaga de viento, que llegaba del mar a nuestro valle
con rumores de sal, de horizontes sin árboles. Pero la niebla pálida
no se movió; las hojas de los otros quedaron extendidas,

en reposo.

Sin embargo, el murmullo estaba cada vez más cerca –y sentí un cosquilleo atravesar mis ramas exteriores, casi como si hubieran encendido un fuego desde abajo, demasiado cerca, y hasta las ramas más pequeñas se secaran, doblándose hacia adentro.

Y sin embargo, no estaba asustado, sólo completamente alerta.

Yo fui el primero en verlo, porque me erguía en la ladera, detrás de los demás.

Un hombre, parecía: dos tallos en movimiento, el tronco breve, dos ramas como brazos, flexibles, cada una con cinco ramitas deshojadas en la punta, y la cabeza coronada por un pasto marrón o a lo mejor dorado, con una cara sin pico como los pájaros, más parecida a la cara de una flor.

Cargaba algo hecho con una rama, doblada cuando aún estaba verde, con sarmientos trenzados y tensados a lo largo. De eso, cuando lo tocaba, y de su voz, que a diferencia de la voz del viento no se valía de nuestras hojas y ramas para dar su sonido, provenía el murmullo.

Pero no era ya un murmullo (él se había acercado y detenido en mi primera sombra): era una ola que me bañó como si un aguacero brotara desde abajo y desde los costados en lugar de caer.

Y lo que yo sentía ya no era un cosquilleo seco: De repente me vi cantando junto a él, y sentí que sabía yo también lo que sabe la alondra; toda mi savia buscaba el sol que ya se había levantado, la niebla estaba disipándose, el pasto se secaba, y sin embargo mis raíces sentían que la música

las nutría debajo de la tierra.

Él se acercó aun más, se recostó en mi tronco:

la corteza tembló como una hoja que está a punto de abrirse.

¡Música! Cada una de mis ramas

se estremeció de júbilo y temor.

Cuando empezó a cantar

la música dejó de ser sólo sonido:

hablaba, y yo escuchaba, como jamás escuchó antes un árbol,

y el lenguaje llegó desde la tierra

a mis raíces,

se metió en mi corteza

desde el aire,

y en los poros de mis brotes más tiernos

con la delicadeza del rocío

y no había palabra de su canto que yo no comprendiera.

Cantaba sobre viajes,

de adónde van la luna y el sol mientras nosotros nos quedamos a oscuras,

de un viaje bajo tierra que soñaba emprender alguna vez,

más hondo que las raíces...

Cantaba de los sueños de los hombres, de guerras, de pasiones y de penas,

y yo, que soy un árbol, entendí las palabras. ¡Ay! Parecía que mi áspera corteza

iba a quebrarse como la de un retoño que se apura en crecer en primavera

y una helada tardía lo sorprende.

Cantaba sobre el fuego,

al que temen los árboles, y yo que soy un árbol, al calor de sus llamas me alegré.

Nuevos brotes nacieron en mí, aunque ya era bien entrado el verano.

Su lira (ahora sé cómo le dicen)

parecía estar hecha a la vez de fuego y hielo, y sus cuerdas flamearon

hasta mi copa.

Yo volvía a ser semilla.

Era un helecho en el pantano.

Era carbón.

Y ahí en el corazón de mi madera
(tan cerca estaba de volverme hombre o dios)
había algo así como un silencio, como una enfermedad,
algo que se parece a eso que los hombres llaman aburrimiento,
algo
(el poema bajó un tono, como baja un arroyo sobre piedras)
que enfriaría la llama de una vela, incluso mientras arde, dijo él.
Fue entonces,
cuando en el apogeo de su fuerza,
que al alcanzarme me cambió,
haciéndome sentir que me desplomaría,
que el cantor comenzó
a abandonarme. Lentamente
se apartó de mi sombra meridiana, y salió hacia a la luz,
las palabras saltaban y bailaban encima de sus hombros de regreso hacia mí,
y los tonos fluviales de su lira lentamente se hacían
un murmullo
de nuevo.

Y yo,
aterrorizado,
pero sin duda alguna
de qué debía hacer
con angustia, apremiado,
arranqué de la tierra una raíz tras otra,
el suelo retumbaba y se quebraba, se desgranaba el musgo,
y tras de mí los otros: mis hermanos,
olvidados desde el amanecer. Ellos también lo habían
oído desde el bosque,
y dolorosamente arrancaban sus raíces
de entre capas y capas milenarias de hojas muertas,
removiendo las piedras,
liberándose
de sus profundidades.

Cualquiera esperaría que la lira y la voz
dejaran de escucharse
en el fragor de la tormenta, pero no había tormenta
ni viento, solamente
el aire que agitaban nuestras ramas y troncos al moverse.
¡Pero la música!
La música llegaba hasta nosotros.

Difícilmente,
tropezando con nuestras propias raíces,
con un crujir
de hojas en respuesta,
nos pusimos a andar para seguirlo.

Todo el día estuvimos siguiéndolo, subimos y bajamos las colinas.
Y a bailar aprendimos:
porque él se detenía donde el suelo era llano,
y con su canto nos hacía saltar y dar vueltitas
unos alrededor de otros, dibujando figuras al antojo de la lira.
Y él se reía hasta las lágrimas al vernos, de tan feliz que estaba.
Cuando cayó la tarde
llegamos a este sitio donde estamos ahora, a esta lomada con su bosque añoso
que entonces era sólo pasto.
Y con la última luz, entonó una canción de despedida.
Aquietó nuestro anhelo.
Con su canto volvió nuestras raíces resacas por el sol a la tierra,
y les dio agua: una lluvia de música tan suave
que casi no la oíamos
llovió la noche entera en medio de la oscuridad sin luna.
Al alba, ya no estaba.
Desde entonces, hemos estado aquí,
en nuestra nueva vida.
Seguimos esperándolo.
Pero él no ha vuelto aún.
Dicen que hizo su viaje debajo de la tierra,

y que perdió lo que buscaba.
Lo derribaron, dicen,
y cortaron sus miembros para usarlos de leña.
Y dicen, además,
que seguía cantando su cabeza, y que cantando
por la corriente fue arrastrada al mar.
Tal vez ya no regrese.
Pero lo que vivimos
nadie puede quitárnoslo.
Vemos más.
Y sentimos,
con cada nuevo anillo que sumamos,
algo que impulsa nuestras ramas y extiende más allá nuestras últimas hojas.
Los pájaros y el viento,
no suenan peor que antes, sino más claramente:
con dolor nos recuerdan el día en que bailamos
y la música.

Denise Levertov: Ilford, Essex 1923 – 1997) escritora, poeta, crítica y traductora inglesa, nacionalizada estadounidense. La obra poética de Levertov se relaciona con variados temas, especialmente el amor erótico, la política y la guerra, teniendo una postura marcadamente antibelicista. Se relacionó con el misticismo y el trascendentalismo.